

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO LIII



C. S. I. C.
2013
MADRID

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica ininterrumpidamente desde 1966 un volumen anual dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Economía, sociedad y biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes.

Los autores o editores de trabajos relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la Secretaría del Instituto, calle de Albasanz, 26-28, despacho 2F10, 28037-Madrid, ajustándose a las *Normas para autores* publicadas en el presente número de la revista.

DIRECTOR: Alfredo ALVAR EZQUERRA

CONSEJO ASESOR:

Alfredo ALVAR EZQUERRA
Rosa BASANTE POL
José Miguel MUÑOZ DE LA NAVA CHACÓN
Francisco José MARÍN PERELLÓN
Julia María LABRADOR BEN
Enrique de AGUINAGA
Francisco José PORTELA SANDOVAL
María Teresa FERNÁNDEZ TALAYA
Julia María LABRADOR BEN
Ana LUENGO AÑÓN
Carmen MANSO PORTO
Alfonso MORA PALAZÓN
José Bonifacio BERMEJO MARTÍN

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo ALVAR EZQUERRA (C.S.I.C.)
José Miguel MUÑOZ DE LA NAVA CHACÓN (Museo de Historia)
M^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA (E.M.V.)
Julia María LABRADOR BEN (Universidad Complutense)
Ana LUENGO AÑÓN (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid)
Carmen MANSO PORTO (Dpto. de Cartografía y Artes Gráficas, Real Academia de la Historia)
Francisco José MARÍN PERELLÓN (Ayuntamiento de Madrid)
Carlos SAGUAR QUER (Fundación Lázaro Galdiano)

La revista *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* está recogida, entre otras, en las siguientes bases de datos bibliográficas y sistemas de información:

- HISTORICAL ABSTRACTS ([HTTP://WWW.EBSCOHOST.COM/ACADEMIC/HISTORICAL-ABSTRACTS](http://www.ebscohost.com/academic/historical-abstracts))
- DIALNET (Portal de difusión de la producción científica hispana, <http://dialnet.unirioja.es>)

La edición digital y los índices de la revista se pueden consultar en:

www.iemadrid.es

ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA:

CAMPUZANO Y AGUIRRE, Tomás, *La Cibeles y el Paseo de Recoletos en día de nevada -1876-*
(Museo de Historia)

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

Anales del Instituto de Estudios Madrileños
LIII (2013)

Salutación 11-13

HISTORIA Y ARTE

GIL CRESPO, Ignacio Javier, <i>Fábricas mixtas de piedra y ladrillo en la fortificación medieval madrileña</i>	17-30
VERA YAGÜE, Carlos Manuel, <i>Los señoríos de Barajas y La Alameda en la Edad Media bajo los linajes Mendoza y Zapata</i>	31-60
MARTÍNEZ MEDINA, África, <i>La antigua fortaleza de El Pardo. Pabellón de caza de los Trastámara (Enrique IV)</i>	61-90
BARBEITO, José Manuel, <i>Varia delictiva</i>	91-100
CRUZ YÁBAR, Juan María, <i>Francisco de Mora y el retablo mayor del Colegio de doña María de Aragón. Nuevos planteamientos y algunas novedades documentales</i>	101-134
ORTEGA VIDAL, Javier; MARÍN PERELLÓN, Francisco José, <i>La conformación del Colegio Imperial de Madrid (1560-1767)</i>	135-175
BLANCO MOZO, Juan Luis, <i>Imagen y representación del Alcázar de Madrid: de Juan Gómez de Mora a Giovanni Battista Crescenzi</i>	177-200
BRAVO LOZANO, Jesús, <i>Pretensiones, pretendientes y similares en el Madrid de Carlos II</i>	201-218
SIGÜENZA MARTÍN, Raquel, <i>Entrada y primeros años del culto a san Juan Nepomuceno en Madrid (1716-1738)</i>	219-242

CAPDEPÓN VERDÚ, Paulino, <i>Maestros de la Real Capilla madrileña (III): Francisco Corselli (1702-1778)</i>	243-276
DÍAZ FERNÁNDEZ, Antonio José, <i>El san Antonio de Padua de las Calatravas de Madrid, obra del escultor académico Juan Pascual de Mena</i>	277-289
CRUZ VALDOVINOS, José Manuel, <i>Marc Étienne Janety y las propuestas de una Fábrica de Platería en Madrid en 1786</i>	291-330
SIERRA ÁLVAREZ, José; TUDA RODRÍGUEZ, Isabel, <i>La vista aérea de Madrid de 1851</i>	331-348
BASANTE POL, Rosa; REPARAZ DE LA SERNA, Guillermo, <i>La Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid en la España autárquica: el papel de la mujer en las enseñanzas de Farmacia</i>	349-378

LITERATURA Y TRADICIONES

FRAILE GIL, José Manuel, <i>El romance Escogiendo novia en las versiones madrileñas</i>	381-408
--	---------

NECROLOGÍAS

MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A., <i>José Simón Díaz, fundador y presidente del Instituto de Estudios Madrileños</i>	411-414
FERNÁNDEZ TALAYA, María Teresa; CAYETANO MARTÍN, Carmen; LOPEZOSA APARICIO, Concepción, <i>Virginia Tovar Martín: In memoriam</i>	415-418
FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio, <i>In memoriam. El magisterio de Vicente Palacio Atard</i>	419-434
Relación de evaluadores	435-438
Normas para autores	439-442

IN MEMORIAM.

EL MAGISTERIO DE VICENTE PALACIO ATARD.

Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA

Con el fallecimiento el 14 de octubre de 2013 de Vicente Palacio Atard, a los 93 años de edad, la Historiografía española ha perdido a uno de sus maestros más ilustres y de mayor proyección internacional y el Instituto de Estudios Madrileños a uno de sus miembros más antiguos, pues pertenecía a esta Institución desde el año 1958. A petición del Presidente del Instituto le dedico esta semblanza, que representa para mí un deber y un honor, cuando el maestro que tanto enseñó en sus clases, síntesis didácticas, centros científicos y cursos en universidades de Europa y América, y el investigador que tantas rutas abrió con sus monografías, ensayos, ponencias, artículos y prólogos, ha entrado en el silencio, como denominaba el gran teólogo Karl Rahner el contacto con Dios en su bello y profundo libro *Palabras al silencio*.

En una sucinta visión biográfica se percibe como rasgo clave de su personalidad su tenacidad, los obstáculos que hubo de vencer en su formación, relacionados con los problemas de su circunstancia, por decirlo en términos orteguianos, puesto que su infancia, adolescencia y el inicio de su juventud coincidieron con la Dictadura de Primo de Rivera, la II República y la Guerra Civil, un periodo al que prestaría atención como historiador consagrado bastantes años después. Vicente Ignacio de Palacio Atard, tal era su nombre completo aunque nunca lo utilizó, nació en Bilbao el 2 de enero de 1920. Era vasca su ascendencia paterna, del valle de Gordejuela, en el límite de las Encartaciones, donde los Palacio eran una de las más antiguas familias, y valenciana su ascendencia materna, pues los Atard procedían de la isla de Malta y habían emigrado a Valencia cuando se produjo la dominación

inglesa del estratégico enclave mediterráneo. Cuando contaba diez años falleció su padre. Y su madre decidió confiar su educación a diferentes centros regentados por órdenes religiosas, los cursos de primaria a los agustinos de Bilbao y los posteriores a los jesuitas y a los hermanos de la Salle. Disuelta la Compañía de Jesús por un decreto de la República, en el curso 1933-1934 continuó sus estudios en un centro de los jesuitas en Curía, Portugal, y terminó el bachillerato durante los cursos 1934 a 1936 en el Liceo Vizcaíno de Deusto, regido en la sombra por los jesuitas aunque adaptado aparentemente a las disposiciones legales republicanas.

Al finalizar la Guerra Civil inició sus estudios universitarios en Madrid, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. En 1942 completaba su licenciatura en Historia e iniciaba una meteórica carrera, porque ese mismo año era nombrado profesor ayudante por D. Cayetano Alcázar, y en 1945 ya había defendido y publicado su tesis doctoral, con solo 25 años. Y con solo 28, en 1948, ganaba la cátedra de Historia de España Moderna y Contemporánea de la Universidad de Barcelona, donde permaneció unos meses a pesar de los intentos de Vicens Vives por retenerlo. En el inicio del curso siguiente se trasladó a la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valladolid, atraído por el ingente fondo documental del Archivo de Simancas, aunque la capital castellana dejaría la más profunda huella en su personalidad y su vida al conocer en ella a quien sería su esposa y compañera inseparable a lo largo de más de seis decenios, Dolores Domínguez Moncada, Lola para todos los discípulos de Palacio, amiga cordial y bondadosa, un vínculo más, entrañable, con el maestro. En Valladolid dirigió el Seminario Simancas, en el que formó jóvenes investigadores y fundó la colección *Estudios y Documentos*, una actividad de promoción de la investigación y la publicación de los resultados que repetiría en todos los centros en que trabajó.

En mayo de 1957, por votación del claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, retornó a su centro universitario matriz, y en la cátedra de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia permanecería hasta su jubilación prematura, provocada por una disposición ministerial incomprensible que ordenó en 1986 de un día para otro el retiro a los 65 años, una disposición que exilió de la Universidad a grandes maestros en la plenitud de su magisterio. Palacio

Atard había cumplido 66 años; no obstante prolongaría su actividad docente en cursos de doctorado cuatro años más, al ser nombrado emérito. De esta forma sumó desde su primer nombramiento como ayudante hasta su larga etapa como catedrático 41 años de actividad docente e investigadora en la Universidad madrileña (a los que habría que sumar otros nueve en la de Valladolid para contabilizar su docencia universitaria). Mientras la normativa legal lo permitió, Palacio simultaneó en Madrid su actividad en la Facultad y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Como director de la Escuela de Historia Moderna, una vez más promovió equipos de investigación e impulsó la colección de monografías *Historia de España en el Mundo Moderno*, donde se dieron cita monografías de discípulos y amigos, entre otros Manuel Fernández Álvarez, José Luis Comellas, Manuel Revuelta, Manuel Espadas, María Dolores Gómez Molleda.

Después de un viaje a Alemania en 1963 concibió un ambicioso proyecto, los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*, que respondía a su propósito de que el estudio de la guerra civil española fuera acometido también dentro de España y no exclusivamente en el exterior, como se comenzaba a hacer por historiadores como Hugh Thomas en Reino Unido o Gabriel Jackson en Estados Unidos. Su concepción de la Historia como un saber que debe fomentar la concordia, no la discordia, su tesón y su coraje moral le llevaron a asaltar esta fortaleza temática, porque se trataba de un tema tabú, en el que no se permitía la consulta de las fuentes. Se trató de una intuición lúcida, porque se vedaba la investigación de los documentos de archivo escritos, pero se disponía de fuentes impresas, libros de época y memorias de protagonistas y prensa, que al ser examinados con el prisma del historiador tanto por el maestro como por los discípulos generaron seis volúmenes de análisis y otros dos de anexos. Preocupado Palacio por si pudieran interpretarse como una manipulación dirigida por el régimen, no aceptó ninguna aportación financiera oficial y se limitó a emplear la asignación que su cátedra tenía en ayuda a la investigación, aunque sus pocos fondos no permitieron editar el proyecto original completo. Esta empresa reflejó varios rasgos del magisterio de Palacio: su independencia, el valor profesional para enfrentarse a todos los obstáculos, la incorporación de los discípulos en la elaboración de una obra colectiva, la honestidad y el equilibrio en el tratamiento del argumento más arriesgado.

Los *Cuadernos Bibliográficos* exhibieron de forma palmaria la concepción que Vicente Palacio tenía de la misión del historiador, consistente en la iluminación de la trayectoria y los avatares del pasado de una sociedad, incluidos conflictos y enfrentamientos; el historiador debe dar «la razón de» y no «la razón a», señaló en un ensayo sobre la Inquisición, un lema que se respiraría en todos sus trabajos. En diversas ocasiones escribió y en algunas habló de esta finalidad de su profesión, y de manera solemne ante la comunidad universitaria en el discurso de apertura del curso 1969-1970, *Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea*, en el que pedía que el tratamiento académico se antepusiera al polémico. En el momento de su jubilación anticipada de la Universidad, el Departamento de Historia Contemporánea y la Biblioteca Nacional –dirigida a la sazón por Juan Pablo Fusi– dedicaron unas jornadas sobre la personalidad y la obra de Vicente Palacio Atard y José María Jover Zamora, de las que se hizo eco la prensa madrileña. Entrevistado por el diario *Ya* (5 de noviembre de 1986), Palacio reafirmaba su idea de la misión de la historia y los historiadores:

La misión del historiador no consiste en juzgar el pasado, sino en comprenderlo y ayudar a que lo comprendan los demás [...]. Conocer el pasado es parte ineludible de nuestra propia vida y tiene siempre un valor educativo, que en nuestras manos está aprovechar o no.

Aunque no podemos detenernos en su inmenso legado deseamos aportar, a modo de ejemplo, una reflexión sobre sus dos primeros libros, firmados por un profesor muy joven, aunque al lector pudieran parecerle obras de un autor maduro que se sirviera de una larga experiencia de investigador y escritor.

En 1945, finalizada la Segunda Guerra Mundial, España se encontraba en una situación de aislamiento tanto desde el punto de vista político como económico o cultural, una soledad que se correspondía con una posición de solipsismo historiográfico, y en consecuencia no se prestaba atención a la historia de la política exterior. En esa circunstancia la tesis doctoral de Vicente Palacio, *El Tercer Pacto de Familia* (1945), que estudiaba la alianza con Francia inspirada por Carlos III, representaba una innovación audaz introducida por un jovencísimo profesor ayudante de la Universidad de Madrid. Apoyándose en la correspondencia diplomática custodiada en

FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio,

«In memoriam. El magisterio de Vicente Palacio Atard»,

Anales del Instituto de Estudios Madrileños (Madrid), LIII (2013), págs. 419-434.

Simancas y en el Archivo Histórico Nacional en Madrid, el autor estudiaba sucesivamente el sistema de neutralidades y los problemas insolubles en las relaciones hispano-británicas, de donde se infería que la alianza con la Francia que Luis XIV había convertido en la primera potencia continental representaba una necesidad para España, con mayor urgencia tras la pérdida de parte de la escuadra en La Habana, lo que generó una situación de inferioridad que anticipaba lo que de nuevo ocurriría en 1898. Así quedaba planteada la dimensión oceánica de la política exterior española años antes de que el gran hispanista Braudel enfatizara este parámetro marítimo.

En 1949, sólo un año después de su acceso a la cátedra de Universidad, aparecía un ensayo magistral: *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, elaborado para conmemorar el tercer centenario de la paz de Westfalia. Tratábase de un asunto central para comprender la trayectoria histórica de España en los últimos cinco siglos. Era preciso explicar la conversión de la primera potencia europea del siglo XVI en una nación más débil, incapaz de sostener su anterior proyección continental. Su elucidación exigía además de documentación una hipótesis explicativa de la pérdida de rango; dicho de otra forma, el recurso de las artes del ensayo, aunque sin permitir que el vuelo de la teoría se despegara del suelo seguro de la comprobación documental en los legajos. El libro se detiene en los tres planos del título. La derrota militar se debió entre otros motivos a una insuficiente atención a la escuadra, un error en una potencia que en las rutas del mar tenía sus arterias para la comunicación con Italia, los Países Bajos y las Indias. El agotamiento económico se gestó en el pésimo empleo del oro de las Indias (asunto ya tratado magistralmente por Hamilton) y en una política tributaria desenfocada, que otorgaba privilegios a productos italianos y flamencos en perjuicio de los españoles, aunque mayor fue la repercusión de la pérdida de población debida al influjo yuxtapuesto de las guerras continuas, las expulsiones de moriscos y judíos, el alto porcentaje de religiosos y célibes y la emigración a Indias. El tercer plano, la decadencia, era el fruto amargo de los dos anteriores procesos, y en él se contemplaban la pérdida de ideales, la extensión de la pobreza y la desconfianza en las propias fuerzas, tratadas en páginas de gran intensidad que siempre nos han sonado a resonancias unamunianas o noventayochistas.

Algunos rasgos de la obra de Palacio son visibles en estas dos monografías tempranas y maduras. Observemos el enlace entre dos centurias, la

atención al siglo XVII para mejor comprender el XVIII, un enlace que anticiparía la pronta atención al siglo XVI y la proyección posterior al estudio de los siglos XIX y XX. Y la irrupción de argumentos antes poco explorados y que Palacio convertiría en habituales, entre ellos la trascendencia de las rutas oceánicas para el estudio de la política exterior o el interés vertebral de la población para la historia social.

La diversidad de enfoque entre sus dos primeros libros anunciaba la obra de un historiador que no se ceñiría a la comodidad de profundizar, a la manera de los eruditos, en un tema concreto o un periodo breve, sino que iba a estudiar meticulosamente la historia española desde finales del siglo XV, con un original ensayo sobre la Inquisición, hasta rematar en la Transición española a finales del XX, cuando en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (1988) analizó el papel del Rey en el paso de un régimen dictatorial a un régimen democrático, un ejemplo de «historia contemporanísima», como la llamó el director de la Academia, Antonio Rumeu. Quinientos años de historia española han quedado cubiertos en su legado, centuria a centuria. El siglo XVI, que se escapaba cronológicamente de su atención preferente al setecientos, ocupa un lugar preliminar en su bibliografía; al XVII, que funcionalmente iba a explicar el setecientos, le dedicó tres ediciones de su sugestivo ensayo sobre la decadencia; el estudio del siglo XVIII, donde comparecen sus más importantes monografías, justificaría por sí solo el trabajo vital de cualquier historiador; el XIX, la España liberal, fue el periodo donde con mayor énfasis se concentraron sus renovaciones temáticas, bien con obra personal, bien con tesis doctorales y monografías de discípulos; en el XX, aunque dedicaría algunos trabajos al reinado de Alfonso XIII, centró su atención en el periodo más complejo y de más problemática investigación, la crisis de los años treinta, sobre la que aportó lúcidos estudios y la dirección de alguna tesis doctoral correspondientes a la II República y el ambicioso proyecto de los *Cuadernos* a la guerra de España.

Sin duda fueron sus estudios sobre la Ilustración los que han quedado como modélicos, no sólo en libros sino también en estudios más breves que a veces flanqueaban a otros más amplios, configurando racimos de publicaciones sobre las cuestiones más complejas. Esta curiosidad por el siglo XVIII se inició con su tesis doctoral y culminó en dos monografías que nos valdrán como referencias y que modificaron la visión de esta interesante centuria en

los años en que hispanistas foráneos, con Jean Sarrailh y Richard Herr a la cabeza, aportaban imágenes del setecientos hispano realmente renovadoras. Palacio incorporó nuevos registros temáticos en su libro *Los españoles de la Ilustración* (Premio Nacional de Literatura de Estudios Históricos de 1964). Sucesivos grupos sociales aparecen en sus páginas. Dos sobresalieron entonces y siguen sorprendiendo ahora: la consideración social de la mujer y la respuesta que intentó Carlos III al problema de la despoblación, mediante la colonización de Sierra Morena por campesinos germanos, tema que ampliaría en un libro posterior y que coincidía con la política empleada por otros monarcas ilustrados. El libro se convirtió en un clásico que anticipa o culmina análisis sobre la historia de las mentalidades y aspectos varios de historia social, entre ellos la atención a grupos sociales poco conocidos («Obreros protestantes en Cataluña en 1773»). La segunda monografía, aparecida antes, en 1960, *El comercio de Castilla y el Puerto de Santander en el siglo XVIII*, es un análisis temprano sobre la importancia de los caminos, por donde circulan personas, mercancías, información y cultura. Con una amplia documentación de diversos archivos nacionales y locales se examina el movimiento de lanas, harinas, vinos, curtidos, hierros, cerveza, además de las razones de la prosperidad de Santander, en un análisis preciso de la interrelación política-economía. En ese momento representaba un libro pionero, ya que ninguna atención se había dedicado a la historia de las vías de comunicación, con excepción de un estudio global y precursor de Gonzalo Menéndez Pidal.

Mayor relevancia, en el contexto de los cambios de centros de interés de los estudios históricos, en los que el monopolio de la política ha ido dejando paso al estudio de la sociedad, la economía, la cultura, las mentalidades, ofrecen sus innovaciones temáticas, con propuestas cuyo estudio sugirió a sus discípulos, centrados en el siglo XIX, pero con una atención inicial al siglo XVIII. Aunque alguno ha asomado ya en esta semblanza, nos interesa destacar cuatro argumentos innovadores en la obra de Palacio y su escuela: historia urbana, historia de la educación, demografía histórica, historia de la alimentación.

Ponderemos en primer lugar su atención a la historia de las ciudades con trabajos sobre Bilbao y Madrid. Dejando Bilbao para una mención posterior, debemos destacar que Palacio es el fundador de una escuela de madrileñistas

que puso los primeros hitos para la elaboración de una historia científica de la ciudad, en la línea de la que Girard dirigió sobre París y sobre todo la monumental que Braudel dirigió en cinco volúmenes sobre Prato. En su catálogo personal aparece un goteo nunca interrumpido de trabajos sobre Madrid: «Las Cortes de Madrid en el siglo XVIII», «Alimentación y abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII», «Abastecimiento de Madrid hacia 1800», «Sombras y luces de Madrid hacia 1830», entre otros, algunos de ellos publicados en el *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* o impartidos como conferencia y publicados en los ciclos correspondientes del Instituto de Estudios Madrileños. Con toda justicia puede afirmarse que es uno de los grandes especialistas en Historia de Madrid y en nuestra opinión el impulsor de una nueva forma de concebir la historia de la Villa, que Amador de los Ríos, al primar la atención a la Corte, la había reducido al entorno de la Corona y a su condición de capital política, en tanto Vicente Palacio multiplicó los planos de análisis para escrutar la diversidad de fenómenos sociales con que puede ser contemplada una urbe.

A la educación, enfocada con un prisma social, distinto al teórico de los historiadores de la pedagogía, prestó atención en trabajos sobre el siglo XVIII y en tesinas y tesis en el XIX. En su doble valor de eje de historia de las mentalidades y de indicador de los niveles de desarrollo, el tema de la educación comparece con frecuencia creciente tanto en las síntesis sobre cultura como en los estudios sociales. Por otra parte la política educativa representó uno de los principios definidores del espíritu ilustrado, que alienta en la mayoría de los trabajos dedicados al XVIII, si bien sus aportaciones teóricas de mayor relieve se encuentran en Prólogos a tesis o monografías del siglo XIX. En el Prólogo a la tesis doctoral de Carmen Simón Palmer apuntó con más nitidez sus vertientes, resaltando que el historiador debe atender tres niveles: los proyectos educativos, las realizaciones –para no detenerse en el umbral teórico de la pedagogía- y «la proyección social de los niveles educativos, a fin de abrir vías de penetración en el conocimiento de las estructuras mentales básicas».

Las estadísticas demográficas constituyen en la actualidad un instrumento inexcusable para el gobierno de los estados y de todas las entidades administrativas, pero a finales de la década de los años 40 del siglo XX, cuando Palacio inició su larga carrera de investigador, parecían ser coto de

sociólogos y economistas, y sólo en contadas ocasiones se trataban como pieza cardinal de una investigación histórica. Hemos señalado ya que Vicente Palacio valoró la pérdida poblacional como un factor relevante de la decadencia de España en el siglo XVII, valoración en la que seguía a Larraz en su prestigiosa monografía *La época del mercantilismo en Castilla*. Su mérito estribó en calibrar su importancia y en relacionarla con los procesos de pauperización y la angustia psicológica provocada en España por la pérdida de rango. Ya no abandonaría este punto de vista. Y se fundamentaría en las tesis que dirigió sobre el País Vasco, entre las que cabe citar la de Mercedes Mauleón y, con otro enfoque más social pero concediendo al censo menos protagonismo, la excelente de Estúbaliz Ruiz de Azúa.

No menos novedosa ha sido su decisión de indagar en la historia de la alimentación, una vertiente relacionada con sus investigaciones sobre Madrid. Cuando publicó sus «Notas acerca de la historia de la alimentación» (1964) sólo disponíamos de un estudio pionero de Meuvret sobre crisis alimentarias y las primeras publicaciones de J. P. Aron acerca de la sensibilidad alimentaria de París, que abrieron una corriente de estudios de especialistas franceses pero también belgas, alemanes, rumanos etc., a quienes prestaron atención *Annales* y sus Anexos. Palacio detalló todas las posibilidades del tema y los retos de la investigación alimentaria: fuentes, métodos, consumo de carne, necesidad de medir el de otros artículos, determinación de las raciones individuales, para llegar a valorar los presupuestos familiares con relación al precio de los artículos, y en otro nivel las oscilaciones anuales, con la finalidad de dibujar un calendario de las crisis de subsistencias, que comparecen entre las causas de las revoluciones políticas. Por entonces inició con varios discípulos lo que deseaba fuera una historia de la alimentación madrileña, y aunque las dificultades de financiación no lo permitieron, sus discípulos convirtieron su información documental en artículos, y en el caso del firmante de este escrito en tesis doctoral, con el habitual prólogo («La alimentación en el Madrid romántico») del maestro. Palacio Atard siempre reconocería a este tema un valor especial, como lo prueba que su última comunicación en las sesiones semanales de la Academia de la Historia se dedicara a reflexionar sobre las fuentes y los objetivos de una historia alimentaria, tema que expuso con una precisión asombrosa, demostrándose que el peso de los años no afectaba a su memoria privilegiada, pues hubo de exponerla –como sus últimas conferencias- sin notas ni datos escritos, superando su pérdida ya casi total de vista.

Una mención especial merece su atención al País Vasco en su obra. Habría de añadirse: y en su vida, porque siempre se sintió profundamente unido a su tierra natal, un sentimiento que consideraba concordante con el amor a un espacio geográfico mucho más amplio. «Yo me siento y me reconozco europeo porque me siento y me reconozco español. Del mismo modo que me siento y me reconozco español porque me siento y me reconozco vasco», escribió en su discurso en el acto de investidura como doctor honoris causa en la Universidad San Pablo CEU. En las Palabras Previas a su último libro anotaba: «He preferido reunir estas páginas sobre la villa de Bilbao en la que nací y viví los años de mi adolescencia, así como algunos textos relativos al País Vasco, al que como español amo profundamente».

Es significativo que su obra se abra y se cierre con sendas publicaciones dedicadas al País Vasco. En 1944 publicó en el *Anuario de Estudios Americanos* el artículo «Los vascongados y la pesca en Terranova. Las gestiones del Marqués de Monteleón en Londres. 1777-1778». En 2010, para celebrar sus noventa años, su libro *Páginas de Bilbao y el País Vasco*, que editó por su cuenta y regaló a familiares, amigos y discípulos. Entre los veinticuatro años y los noventa nunca dejó de aportar estudios sobre diversos aspectos de la historia vasca. Y ante todo tesis doctorales, por él dirigidas y prologadas, que le permitían introducirse en las cuestiones historiográficas más acuciantes, como el carlismo (tesis de Julio Aróstegui y de Estíbaliz Ruiz de Azúa) o el papel desempeñado por el Partido Nacionalista Vasco en la guerra civil española (tesis de José Gutiérrez Álvarez). Bilbaíno enraizado afectivamente en su villa natal, se interesó con un acento de compromiso personal por cualquier estudio sobre la ciudad de Bilbao. Este vínculo cordial se reflejó en la primera tesis doctoral de tema vasco, la de Mercedes Mauleón sobre la población de Bilbao en el siglo XVIII, donde se anunciaba además su interés por la historia urbana, y de forma más completa en la de Estíbaliz Ruiz de Azúa: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*, un tema en el que convergía el análisis de la ciudad con el del carlismo.

En el medio siglo de actividad consagrada a la Historia, Palacio Atard cumplió de manera óptima la triple faceta que se exige a un profesor universitario: *investigó* la historia española, *enseñó* a sus alumnos el fruto de sus investigaciones, *transmitió* a sus discípulos los métodos y temas de

investigación. Investigar, enseñar, enseñar a investigar, esa es la cuestión, diríamos en términos de Shakespeare.

Palacio fue un profesor excepcional, aunque, como ocurre siempre en las aulas, sólo aprovecharan al cien por cien sus clases impregnadas de sabiduría los alumnos dotados de curiosidad intelectual y de amor por la materia que se impartía. Sucesivas promociones de estudiantes se beneficiaron de sus lecciones. Que quien fue su alumno en uno de sus cursos, el entonces príncipe don Juan Carlos de Borbón, le manifestara tanto afecto a lo largo de su vida es un testimonio individual de la huella perdurable de sus lecciones. Preocupado porque sus enseñanzas llegaran más allá de los límites del aula, escribió síntesis en diferentes etapas de su vida, desde los dos gruesos volúmenes de *Historia Moderna e Historia Contemporánea* que Espasa le encargó en 1960 hasta *La España del siglo XIX. 1808-1898*, Premio Nacional de Historia de 1978, probablemente la más madura y didáctica de su serie de manuales o síntesis. En esta última la sencillez admirable con que se expone un siglo tan complicado fue el fruto de una actividad docente asumida con un espíritu continuo de renovación y un deseo de claridad, la virtud por excelencia para Descartes, como sostiene en su tratado *Reglas para la dirección de la mente*. Una vocación docente tan profunda no se ciñe a ayudar a los alumnos directos. En última instancia la sabiduría se debe a la Humanidad o, si esto puede parecer utópico, ha de intentarse que sea la savia del patrimonio cultural de un país. En lo que la Historia puede aportar, únicamente un grupo reducido de grandes maestros elaboraron imágenes globales sobre la trayectoria histórica de España: Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz con su monumental *España, un enigma histórico*, Domínguez Ortiz bastantes años después, Palacio Atard cuando publicó en 1991 *Nosotros, los españoles*. En este libro el destinatario no es ya el colectivo de los estudiantes sino que va dirigido a todos los ciudadanos interesados en disponer de una imagen de la marcha de su país a lo largo de los siglos.

Su prestigio y el anhelo de Palacio desde joven por proyectarse al exterior y tener contacto profesional con grandes maestros, como Richard Konetzke en Alemania o Braudel en Francia, se coaligaron para que con frecuencia su actividad profesoral tuviera lugar en universidades de múltiples países de Europa y América, impartiendo cursos o conferencias, entre otras, en las universidades de Bonn, Colonia, Freiburg Brisgau, Munich,

Maguncia, París, Niza, Burdeos, Roma, Buenos Aires, Mar del Plata, Córdoba (Argentina), Tucumán, Mendoza, Santiago de Chile, Concepción, Valparaíso, Lima, Quito, Bogotá, Río Piedras (Puerto Rico), Río de Janeiro, Sao Paulo, Porto Alegre. En alguna de las citadas fue investido doctor *honoris causa*, casos de la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza y de la Universidad Santo Tomás de Aquino en Tucumán, distinciones recibidas en los años 80 y que irían seguidas ya en su largo periodo de jubilación por doctorados de honor en las Universidades de Valladolid, San Pablo CEU en Madrid y Rey Juan Carlos en Vicálvaro. El amplio arco de radio de sus cursos docentes y la calidad de sus monografías contribuyeron a su nombramiento como miembro de prestigiosas sociedades científicas, de las cuales mencionamos por su personal aprecio –así lo demuestra que las destacara en el curriculum que elaboró con fecha 21 de mayo de 1986 entre los documentos administrativos para su jubilación– la Deutsch-Spanisches Forschungsinstitut des Goerresgesellschaft, la Sociéte d’Histoire Moderne de la Sorbona, la Asociation International d’Histoire Contemporaine de l’Europe en Ginebra o el Comité Español para la Historia de la Segunda Guerra Mundial.

Hemos presentado, dentro del espacio delimitado del que disponemos, el magisterio de Palacio en sus libros y en las aulas universitarias, mas señalábamos que el magisterio, además de investigaciones y clases, ha de consistir en transmitir la vocación y las técnicas de investigación a los discípulos, a los jóvenes que buscaron y eligieron un guía en los inicios de sus carreras. Lo afirmó de forma taxativa uno de los grandes maestros de la Universidad española en el siglo XX, el Dr. Marañón, en una de sus reflexiones de *Vocación y Ética*: «La verdadera misión del maestro, mucho más que enseñar cosas, es diagnosticar, buscar la vocación en sus discípulos, excitar la de aquellos que la poseen». Aun iba un paso más allá Bertrand Rusell, el gran filósofo y matemático inglés, quien sostenía en *Ensayos sobre la Educación*: «El propósito de la educación desde el punto de vista del discípulo debiera ser, de una parte satisfacer su curiosidad, y de otra proporcionarle la capacidad de satisfacer por sí mismo su curiosidad». En 2012, tres discípulos: Luis Palacios Bañuelos, Manuel Espadas Burgos y el firmante de este *In Memoriam* ofrecíamos al maestro un libro: *Vicente Palacio Atard, maestro de historiadores*. Allí reconocíamos la importancia de su legado humano y científico. Afortunadamente llegamos a tiempo, puesto que su salud declinaba

de manera clara, de que el maestro leyera este triple testimonio sincero y justo. En la parte que me correspondió y que titulé *El largo camino de un gran maestro* incluía un párrafo que da sentido a este escrito *post mortem* sobre su magisterio. En su dimensión más genuina la tarea de un profesor universitario no se resume en instruir a promociones sucesivas de estudiantes en los rudimentos de una disciplina científica; ha de elevarse a otro nivel, señalado por la siembra de vocaciones y la capacitación para la elaboración de ciencia de quienes se sienten llamados a recorrer los caminos de una tarea investigadora personal. En este nivel, el único que acredita una vocación universitaria, los frutos de una vida entregada a la docencia son, además de los trabajos de cátedra, la dirección de tesis de doctorado y licenciatura y la participación de los discípulos en empresas colectivas.

Como maestro director de investigaciones la tarea de Palacio fue excepcional, y en lo que se nos alcanza creemos que se situó muy por encima de los niveles habituales en la Universidad de su tiempo. Dirigió, según sus propios datos, más de doscientas tesinas –apuntó en su curriculum- y sesenta y cuatro tesis doctorales. Si descontamos los años de ayudante de Cayetano Alcázar, consagrados a la elaboración de su tesis de doctorado y a la preparación de oposiciones a cátedra, y si tenemos en cuenta que en Valladolid sólo dirigió tres tesis doctorales, en los años de plenitud de su magisterio en Madrid su ritmo de trabajos dirigidos fue de dos tesis doctorales y cinco tesinas cada curso, un ritmo de vértigo, que nos lleva a preguntarnos cuántas horas de su trabajo diario dedicaba a la tarea de enseñar a investigar y a orientar sobre fuentes y archivos o a revisar la calidad de lo que sus tesinandos y doctorandos iban elaborando.

No obstante lo más admirable de su magisterio no fue este ritmo extenuante, que en definitiva sería de índole cuantitativa. Fue su empatía, generosidad, tesón cuando surgía alguna dificultad en la elaboración de la investigación; en suma, su amistad, en la que daba mucho y únicamente exigía que no se abandonara la tarea, lo que generó una relación humana honda, un afecto sincero entre maestro y discípulos. La investigación es una carrera de obstáculos y para llegar a la meta la mayoría de los participantes necesitan sentir el aliento de alguien con superior autoridad intelectual o más amplia experiencia. Fueron muchos los discípulos que llegaron a la meta, algo fácil de comprobar examinando las nóminas de la Universidad y el Consejo

Superior de Investigaciones Científicas, donde figuran tantos catedráticos y profesores titulares o profesores de investigación, entre otros Luis Miguel Enciso, María Dolores Gómez Molleda, José Cepeda Adán, Luis Álvarez, Antonio Fernández, Manuel Espadas Burgos, Julio Aróstegui, Secundino José Gutiérrez, Manuel Revuelta, María Felipa Núñez, Carmen Simón, Leandro Higuera, Antonio Molero, Sonsoles Cabeza Sánchez Albornoz, Estíbaliz Ruiz de Azúa, Luis Palacios Bañuelos, Emilio de Diego, José Francisco Forniés, Jesús Timoteo Álvarez, José Luis Martínez Sanz, J. Antonio Sánchez-García Saúco. Palacio Atard dirigió un número inusual de tesis doctorales, pero no se limitó a la dirección, que habitualmente se ciñe a proponer un tema, señalar la localización de las fuentes y supervisar la elaboración. Si se repasa su catálogo de publicaciones con frecuencia comparecen prólogos, lo que significa que procuró la edición de las que consideraba valiosas y elaboró un estudio de presentación, en la mayoría de las ocasiones enriquecedor del texto, porque además de los elogios al esfuerzo, a veces la única recompensa del investigador, y el resumen o las líneas principales del libro, situaba su contenido en un contexto amplio, que permitía al lector ver en un primer golpe de vista la originalidad del estudio y las líneas de investigación que se abrían, entendiendo la tesis como el primer mojón de un camino. Reiteremos, puesto que ya lo hemos anticipado, que Palacio incorporó a sus discípulos a sus proyectos y a las colecciones editoriales que promovió, otro lazo que mantuvo viva la relación con el maestro.

Vicente Palacio fue en sus años jóvenes un caminante incansable, amante de la montaña y el mar, sobre todo el mar, un sentimiento que posiblemente influyó en su inclinación por resaltar en sus primeras investigaciones la trascendencia de las rutas oceánicas para la política exterior de España. Fue además amante de la música, en su asombrosa diversidad. Por supuesto, de la música popular vasca, tan honda y tan sorprendente por la variedad de sus ritmos. Y, como todos los discípulos bien sabíamos, gran aficionado a la música clásica, en la que confesaba su preferencia por sus más altas cumbres, Bach, Beethoven, Mozart. Una pérdida triste, aunque esperada, me llevó a entrever que existe una relación misteriosa entre la música, que exige un director para convertir la partitura en sonido, y la investigación, que precisa un director para trabajar en equipo. El 20 de enero de 2013 fallecía en Bolonia Claudio Abbado, un gigante de la batuta, quizás el más grande de los directores de los últimos lustros, o en cualquier caso el más amado.



Vicente Palacio Atard. Cortesía de la Real Academia de la Historia.

Al revelársele un cáncer de estómago, Abbado renunció a la titularidad de la Filarmónica de Berlín y se dedicó a promover las orquestas de jóvenes que había creado antes de su enfermedad: European Community Youth Orchestra, Chamber Orxhestra of Europe, Gustav Mahler Jugendorchester, y con alta participación de jóvenes la Orquesta Mozart en Bolonia.

En el ejercicio de una profesión, sembrar en el futuro, en los jóvenes, representa el legado de más largo aliento. «Lo único que poseemos es lo que hemos dado», dijo el director italiano en una ocasión. Vicente Palacio hubiera podido identificarlo con su herencia de maestro. Su legado son sus libros, pero también la nutrida nómina de historiadores que le tuvieron por guía. *Si monumentum requiris, circumspice*. Es una sentencia latina: «Si buscas su monumento, mira a su alrededor». En el acto de Homenaje a Vicente Palacio Atard que organizó el 22 de enero el Ateneo de Madrid, terminé mi intervención recordando una frase suya, que escribió en uno de sus Prólogos a propósito de un comentario sobre un pasaje de Luis Vives: «Así quisiera un docente que fuera su propia vida: una continua incitación para los demás». Lo que expresó como un deseo lo convirtió en realidad. Su vida fue una continua incitación para los demás.